

**Jorge Páez Vilaró, “Adelanto técnico y aletargamiento artístico”, *Revista del Foto Club Uruguayo*, año 1, no 1, Montevideo, mayo de 1953, pp.13-16.**

Hojeando archivados catálogos emitidos durante la primera década del siglo, en cuyas páginas se documentan salones trascendentes realizados en el extranjero, estampándose los trabajos que en aquel entonces significaban la máxima palabra artística de los mejores aficionados y profesionales de cinco continentes, pude establecer la comparación de calidades, expresiones, definiciones plásticas, postura artística de los autores frente a su momento, e intenciones perseguidas por todas aquellas obras cercanas al ya lejano nacimiento del 900, con las que tuve oportunidad de apreciar en los últimos salones locales, nacionales e internacionales y las valoradas en los conjuntos presentados en las exposiciones que visité en una tournée por varios países europeos.

Es sabido que la fotografía, en este siglo consagratorio para las ciencias, ha tenido una excepcional evolución y desarrollo técnico. El equipo fotográfico se ha visto así notablemente perfeccionado en los últimos cincuenta años. De esta manera, el ya rústico “cajoncito mágico” con que nuestros abuelos documentaban las caídas del sol en el Prado y las brumas del arroyo Pando, o la voluminosa cámara de largo fuelle que posando sobre el zancudo trípode capturó en el material sensible a todos nuestros ascendientes, en la paciente “instantánea” de varios minutos de nervios, silencios y quietudes, aparecen ya en la vitrina de los museos como una risueña caricatura de lo que ese creciente desvelo científico, esa labor del progreso, nos presenta ahora con total generosidad, en tentadores y refulgentes modelos, enriquecidos por el profuso agregado de preciosas como precisas piezas, que hacen casi imposible el error en aquellas fotos “difíciles”, que antes, de haber sido obtenidas, hubieran dado lugar a una verdadera proeza técnica o a una excitante aventura de investigación bien resuelta.

La ampliadora solar, que no permitía trabajar en los días nublados, fue reemplazada por la automática de potentes lámparas para papeles súper rápidos; la intensidad de la luz, que según veteranos de la avanzada del 900, se calculaba luego de largos estudios “a ojito”, se mide ahora con un exacto fotómetro; luminosas lentes tratados permiten otras incursiones; el atleta puede ser detenido en el rush a velocidades de 1/1000 de segundo y menores; se cambiaron los pesados chasis de placas por ágiles y accesibles rollos de películas de gran sensibilidad y finura de grano; los enfoques aparecen con precisión absoluta, indicados por el telémetro; la antes penosa como esforzada impresión, se hace sobre materiales al bromuro, eliminándose los antiguos como complicados procesos de sensibilización, copia o ampliación. La fotografía de hoy ha avanzado con el siglo y su aplicación es, en cada instante, más intensa, evolucionando por la ciencia y para la ciencia, llegando en su alcance a documentar los cráteres de la luna o los fenómenos astrales, corrigiendo desde el aire la cartografía de la Tierra; revelando los tiempos de una delicada intervención quirúrgica; apresando en el negativo la agitación del mundo microscópico o llegando, en hilván indefinido de imágenes que viven a través del proyector, a entusiasmar apasionadamente a los pueblos, al integrar como elemento medular ese otro producto genial de la inventiva de nuestra época, la cinematográfica. La obra se ha beneficiado, evidentemente, por la superación del equipo y sus grandes posibilidades, consiguiendo alta calidad de realización, indudable seguridad de acertada obtención, abaratamiento de cámaras y procesos. Millones de hombres poseen así, máquinas fotográficas y hacen caer sus diafragmas con el conocimiento de que existe un papel para cada negativo; se puede conseguir cuantioso material para corregir las inexactitudes y se poseen ya armas de defensa para arribar a la más feliz impresión, ofrecidas por esa amplia evolución experimentada.

El fotógrafo aficionado sabe, además, que puede enviar su rollo de películas a la casa

comercial del ramo, la que haciendo práctica de la famosa frase de Eastman, “apriete el botón, que yo luego haré el resto”, le entregará, a las pocas horas, las copias para el álbum.

Pero ese minúsculo instrumento, que guarda y transforma tantas emociones intensas, capaz de grabar y detener el minuto de vida que corre o de atrapar, en su garganta oscura, con el solo pasaje de un rayo de luz, las más imperceptibles formas de exteriorización de la belleza, debe estar orientado por ojos y brújulas sensibles que descubran allí, donde nadie se detiene, porque parece que nada existe, ese anhelado motivo, que en horas posteriores ha de seguir acariciando, entre el baño de los reveladores y la fantástica narración de la ampliadora.

Millones de hombres obtienen fotografías, pero de ellos muy pocos son artistas. Era posiblemente más común encontrar a ese artista, que hoy no abunda quizás porque lo mata al nacer la comodidad de todo ese servicio concedido por el progreso, cuando el propio amateur se fabricaba desde su placa hasta el papel y aparecía detrás de cada trabajo, tutelando inconfundiblemente esa obra recién surgida, mezcla elocuente de espíritu, sacrificio, amor, afán de búsqueda y lirismo, que le había llevado ya sus buenas horas de preparación y sus muchos ensayos y fracasos antes de la mejor culminación. En general en la fotografía se va perdiendo ese íntimo artesano, pero se va ganando en mecánica calidad. Y si ella ha mejorado inimaginablemente en ese espacio de cinco décadas, en todo lo atinente a su evolución técnico-científica, no creo entonces que en lo estrictamente artístico podamos decir exactamente lo mismo. Todas esas obras que tengo en mis manos, que corresponden al movimiento que se conoció por pictorial, impresionista o romántico y que se podría establecer que duró hasta la terminación de la Primera Guerra Mundial, y entre las que priman notas realizadas con procedimientos pigmentarios, como el bromóleo, estando en fulgor los carbones y las gomas, resultan de calidades y contenidos realmente envidiables. ¿Qué se ha agregado a todas ellas en este lapso de tiempo que nos separa de su aparición? En verdad, muy poco. Estamos viendo, en cuanto salón colectivo importante se inaugura, que los fotógrafos de hoy, salvo honrosas excepciones de autores que raras veces envían a esas exposiciones, porque sus ideas estéticas les llevan a realizar una obra de “vanguardia” no comprendida por los jurados de rutina, están repitiendo, incansablemente, todo lo que se ha hecho ya en materia de arte fotográfico. El mismo “caminito”, la siempre conocida “caída de la tarde en el puerto”, la niña sentada en la escalera, las ovejitas en contraluz, la locomotora envuelta en vapor, el retrato a la luz de la lámpara.

El fenómeno es universal. Nada nuevo se dice en ese terreno, tan rico, de la creación artística, de la iniciativa, de la inquietud. Las fotos de los salones de nuestros días podrían ser confundidas, no por la prolija calidad de su terminación, sino por lo temas fijados, con todas aquellas emitidas cuando aún los métodos de obtención y realización de la obra no se habían desprendido de su primitivismo. Para ser más concisos, remitámonos, solamente, a la muestra Internacional del Foto Club Uruguayo, contemplada en nuestra capital, clausurada hace poco tiempo y que acercó a nuestro público trabajos de los más destacados artistas de veintiséis naciones. De un total aproximado a las cuatrocientas composiciones, apenas un seis por ciento de ellas me han hecho pensar que la exposición respondía a un esfuerzo artístico de nuestra hora. El resto bien podía haber sido realizado con negativos de 1914 o por espíritus detenidos en aquel momento, por falta de preparación, no técnica sino cultural, por ausencia de ideales más hermanados con la manera de sentir y expresarnos en esta era histórica que tan intensamente vivimos, y que con intensidad debemos documentar. Se vienen repitiendo así, tomas y efectos ya gastados, formas reveladas por miles de fotógrafos años antes y desaparecen o no abundan las concepciones novedosas, las interpretaciones maduradas a base de capacidad y genio, los enfoques de iniciativa, las construcciones y ritmos que pide la fotografía actual para seguir avanzando con honor entre las formas de arte más divulgadas y arraigadas.

Esta esclavitud expresiva, ese estancamiento de ideas, tiene intensamente preocupadas a las

entidades de mayor enjundia en el concierto fotográfico universal. Grupos de destacados valores de ganado prestigio se han lanzado al encuentro de nuevas satisfacciones estéticas y en un mundo en el que la pintura abstracta y el surrealismo conquista la dedicación de los más celebrados pinceles, esa abstracción y esa visión nueva aparecen también plasmadas en el negativo por las cámaras de avanzada. Son naturalezas interpretadas, trozos de realidad llevados en ampliación a lo no figurativo, a lo subjetivo. Lo que interesa es el resultado emotivo, el vuelo de la idea. Quedan flotando los ritmos y los juegos de los claroscuros, queda impresa una composición intensamente buscada por el autor, sin traicionar los límites de lo fotográfico, que nunca son más cortos que los límites de la imaginación. El esplendor del blanco y negro dibuja la pujante realización y se encuentran a la vez sensaciones de calidad, materia, humanidad y plástica pura. Al decir de Pierre Guéguen, el crítico francés: "Geometría y vida; todo dentro de una simplicidad desconcertante, privilegio supremo de la belleza".

Reproducimos algunos trabajos que anuncian o transmiten la novedad de una fotografía más identificada con las corrientes creativas del presente. Son imágenes de hoy, captadas por ojos de esta actualidad que tratan, con responsabilidad y profunda capacitación, de enfocar el mundo exterior desde un nuevo y justificado ángulo de originalidad, para devolverle a la vieja forma expresiva que nos legara Daguerre el legítimo sitio que se le reserva entre las artes, entre los hombres y entre los medios estéticos natos de esta centuria.